

ENRIQUE LIHN POESÍA DE PASO

PREMIO POESÍA 1966
CASA DE LAS AMÉRICAS
CUBA

jurado
JORGE ZALAMEA
GONZALO ROJAS
JOSÉ EMILIO PACHECO
PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

NIEVE

Cómo te gustaría suspender esta peregrinación
solitaria
y retomarla luego que pase, compañera de viaje, la
fatiga
del extranjero para el cual todo se mezcla a ella,
aun en medio del mayor encantamiento.
Como ayer mientras el viejo Brueghel montaba para
ti su tabladillo,
nada menos que en el Museo Real de Bellas Artes;
ángeles y demonios, y sin embargo habías perdido
tantas veces
esa misma batalla minuciosa
que ahora el pincel mágico del viejo la libraba
del otro lado de un espejo oscuro. Retuviste el aliento,
en honor a lo real, para dejarlo hacer
su trabajo de siempre sin un nuevo testigo.

La nieve era en Bruselas otro falso recuerdo
de tu infancia, cayendo sobre esos raros sueños
tuyos sobre ciudades a las que daba acceso
la casa ubicua de los abuelos paternos:
peluquerías en las largas calles; espejos, en lugar de
puertas, rebosantes
de pintadas columnas giratorias;
tiendas, invernaderos, palacios de cristal, la oveja que
balaba,
mitad juguete mitad inmolación
del cordero pascual, y reconoces
el Boulevard du Jardin Botanique, por alguna razón
tan misteriosa
como la nieve.

¿Dónde está lo real? No hiere preguntarlo ni
importa que uno sepa de memoria
las exactas respuestas del maestro y los suyos
entre los cuales vive tu voluntad. No importa.
Entiendes bien que el solipsismo es una coartada
del poder contra el espíritu. Pero aquí, en el más
absoluto aislamiento, se es víctima de
impresiones curiosas,
a la vuelta de una esquina que nunca parece

exactamente la misma
como si las calles caminaran contigo, participando de
tu desconcierto.
Estabas advertido: había que viajar en compañía, pero
en cambio viniste del otro lado del mundo
para mirar tu soledad a la cara
y lo demás que ahora no interesa.
Esta forma del ser, obstinada en impugnarlo; celosa
de toda ambigüedad, la conoces
como Edipo a la Esfinge, horma de su zapato.
Nieva en Bruselas y en tus falsos recuerdos. Piensas:
«es mi fatiga.
Ella es la que no se extraña de nada».
El viejo cierra a las cinco su caja de Pandora.
Demasiado temprano, ya lo sabes.
Como si dispusiera de lo eterno, otra vez, la noche
se da el lujo de caer lentamente
sobre la Gran Plaza que ha encendido su torre
en un dorado Oficio de Tinieblas,
y es tu familiaridad la sorprendida
con un mundo en que el logos fue la magia.
Piedras transfiguradas por las manos del hombre
hasta hacerse tocar por los ángeles mismos:
ocios del gótico tardío. No,
nada te habría encaminado a lo oscuro que te
significara
la recuperación de una embriaguez perdida
con los años de triste aprendizaje.
Pero, en fin, habías bebido unos vasos de cerveza
por lo que pudiera ocurrir y fue el temor
de que nada ocurriera sino sólo en ti mismo
el primero en empujarte en esa dirección.
Rue des Chanteurs, rue de la Bienfaisance; los nombres
cambian de sonido y lugar
igual, en todas partes, permanece,
bajo luces distintas esa tierra de nadie, lindando con
el Reino de las Madres:
su viejo cómplice y enemigo de siempre.
Tu distracción tomaba la forma de la nieve,
ahora ese lejano resplandor
que todo lo cubría vagamente, hasta la aparición
articulada

de la mujer, en su pequeña vitrina, como ahogada
en una luz incierta.

Y sonreía sólo para sí misma.

No fue ella, por cierto, la anfitriona; allí estaba
la otra,

esa que reconocerías entre miles, cuyo nombre
ha cambiado tantas veces,
pronta a participar, por un momento, en el diálogo.

Sólo lo justo para hacerse presente
como si nunca nada pudiera comenzar.

MARKET PLACE

Cirios inmensos para siempre encendidos,
surtidores de piedra, torres de esta ciudad
en la que, para siempre, estoy de paso
como la muerte misma: poeta y extranjero;
maravilloso barco de piedra en que atalayan
los reyes y las gárgolas mi oscura inexistencia.
Los viejos tejedores de Europa todos juntos
beben, cantan y bailan sólo para sí mismos.
La noche, únicamente, no cambia de lugar,
en el barco lo saben los vigías nocturnos
de rostros mutilados. Ni aun la piedra escapa
—igual en todas partes— al paso de la noche.

CIUDADES

Ciudades son imágenes.
Basta con un cuaderno de escolar para hacer
la absurda vida de la poesía
en su primera infancia:
extrañeza elevada al cubo de Durero,¹
y un dolor que no alcanza a ser él mismo,
melancólicamente.

Dos ratas blancas giran en un círculo
a la velocidad de la neurosis;
después de darme vueltas sesenta días justos
en el gran mundo como en una jaula,
me concentro en un solo pensamiento:
ratas que giran.

Blanca, velluda, diminuta esfera
partida en dos mitades que brincan por juntarse,
pero donde fue el tajo, la perpleja lisura
y el dolor, ahora están esas patitas,
y en medio de ellas sexos divisorios,
sexos compensatorios.
Nos salen cosas donde fuimos seres
aparte enteramente, enteramente aparte.
Cinco minutos de odio, total. cinco minutos.

Ciudades son lo mismo que perderse en la calle
de siempre, en esa parte del mundo, nunca en otra.

¿Qué es lo que no podría dar lo mismo
si se le devolviera al todo, en dos palabras,
el ser mezquinamente igual de lo distinto?
Sol del último día; ¡qué gran punto final
para la poesía y su trabajo!

¹ El poliedro de Durero.

En el gran mundo como en una jaula
afino un instrumento peligroso.

GENEVE

La luz desplaza, cumple un arcoiris
que se dispersa sobre el lago Lemán
y, más allá, se me asimila al cielo.
Árbol del agua en que la luz florece,
limpio trabajo de una fuente: el chorro
que, ociosamente, ajusta los espacios
en el centro de un mar en miniatura.

Genève, la primavera tiene un nombre
que una bella mujer compartiría.
La soledad no duele. . . convalece
por unas horas que el reloj le cede.
Alguien canta en el lago; pasa el mundo
circundado de mágicas montañas
y niños suizos de la mano. Es tiempo
de observar a los cisnes.

CISNES

Miopía de los cisnes cuando vuelan,
bien alargado el cuello, bien redondos
y como si empuñaran la cabeza.
Pero aun así no pierden, ganan otra
forma de su belleza indiscutible
estas barcas de lujo de Sigfrido
bajo cuyas pesadas armaduras
tomaron el camino de la ópera
sin perder una sola de sus plumas.

La poesía puede estar tranquila:
no fueron cisnes, fue su propio cuello
el que torció en un rapto de locura
muy razonable pero intrascendente.

Ni la mitología ni el bel canto
pueden contra los cisnes ejemplares.

SOLO HISTORIAS COMO ÉSTAS

Aquí habríamos llegado, después de esa breve
estadía en Flandes el oscuro, sin que
fuera necesario decir:

«Para mí solo», a la dueña de Zürich
como un viejo estudiante extraviado de ciudad.

A este pequeño hotel primeramente
pues contra la barrera del idioma nada mejor
que cerrar una puerta,
y en la tarde el tren vuela, lento, junto a los lagos
cuando ya no se lee la guía de turismo
en homenaje a las transfiguraciones.

Pero acaso estaríamos aún en Neuchatel. Créeme
que dejé sin tocar esa ciudad
pues tampoco allí estabas, bien que el domingo
la deshabitara,

y un buen fantasma de principios de siglo
no habría dado un paso más sin reencarnarse
—en un abrir y cerrar de sus ojos distintos—
me parece que junto a las casetas de baño:
miniaturas de viejos palacios de recreo.

Eras más bien allí ese momento justo
en que la soledad se vuelve peligrosa,
y no por las visiones, justamente, sino por un
exceso de la propia presencia:
esa rara extrañeza de sí mismo que por sí misma se
hace a todo extensible.

Junto al Léman, el reloj-jardín: «se prohíbe a
los niños jugar entre las horas». Para la
primavera de los recién llegados,
una curiosidad, sencillamente; distraídas consultas
a las tarjetas postales y ese limpio
espaciarse del tiempo sobre el lago:
volar de muchos cielos que se ajustan
como los accidentes de una misma sustancia:
¡El Tiempo! El cielo, al pie de sus grandes

vertientes: Desembarcadero de las
Aguas Vivas,
y el surtidor al centro como en un paraíso
de navidad en que el sol mismo prueba
el secreto inefable y oscuro de la nieve.
Parecía tan fácil encontrarte en Ginebra
al menos esa tarde en que me reconozco,
puente del Monte Blanco, camino de la noche;
adolescente a los treinta y cinco años, un raro
privilegio
que la tierra concede al viejo fruto inmaduro:
sentirse prometido a una nueva estación
que, ciertamente, no volverá por él: isla Rousseau,
¿responderían los cisnes
al silbido de Tristán —canciones de otra época—
e Isolda escucharía ese llamado entre dos
sorbos de cerveza,
pretextando una carta que escribir a sus padres?

La fantasía teje historias como éstas, pero la
imaginación
se cumple en el silencio del poema que nace.
Sólo historias como éstas, ya me lo parecía:
restos de hilos de todos los colores, modestos
ejercicios escolares.
Y entre las hermosas estudiantas alemanas ninguna
dio señales de leyenda,
ocupadas en mirar, desde otro ángulo, el lago.

Nombres distintos del amor, palabras que
destruyen el idioma que forman
como una lengua en todas partes extranjera,
la del ebrio que todo lo abomina por igual,
abandonado en el Puerto del Hambre,
en el Puerto de la Sed, en el Puerto de la Cólera.
El fetichismo es todavía posible; la oscilación entre
los ritos de la inocencia y la danza frenética
a que se entregan las máscaras.
Los rostros han perdido su valencia, lo supieron
las terribles tribus en los infiernos húmedos. Es ne-
cesario el exorcismo:

«Las máscaras protegen la familia, la vida conyugal,
los diferentes oficios».

SAN PEDRO

Este primer motor del mundo tiene
para girar en su inmovilidad
la gran carrocería de San Pedro,
el rueda de sus cúpulas que dan
formas al cielo de la impavidez,
senos para nutrir en esta tierra
la Historia del Poder, para engolfarse
las llaves y los nudos de San Pedro.
Atar o desatar, ¡qué bella cosa!
y fueron garras las que se mezclaron
a este ejercicio de parar la roca,
ahuecarla, infundirle un mecanismo
en todo semejante al alma humana
que luce bien al borde del infierno.

Los santos desenvainan sus espadas
—centuriones de un Cristo aristotélico—
cruces forjadas en las herrerías,
y en lo alto la cruz parece un águila.

Romas vaciadas en un mismo molde.
Pídele al horizonte menos cúpulas.

COLISEO

Última fase de su eclipse: el monstruo
que enorgullece a Roma mira al cielo
con la perplejidad de sus cuencas vacías.
Sólo el oro del sol, que no se acuña
ni hace sudar la frente ni se filtra en la sangre
colma y vacía" a diario esta cisterna rota.
El tiempo ahora es musgo, semillero del polvo
en que las mutiladas columnas ya quisieran
descansar de su peso imaginario.

MUCHACHA FLORENTINA

El extranjero trae a las ciudades
el cansado recuerdo de sus libros de estampas,
ese mundo inconcluso que veía girar,
mitad en sueños, por el ojo mismo
de la prohibición —y en la pieza vacía
parpadeaba el recuerdo de otra infancia
trágicamente desaparecida—.
Y es como si esta muchacha florentina
siempre hubiera preferido ignorarlo
abstraída en su belleza Alto Renacimiento,
camino de Sandro Boticelli,
las alas en el bolso para la Anunciación, y un gesto
de sembrar luces equidistantes
en las colinas de la alegoría
inabordables.

DOS POEMAS PARA ANDREA

UNO

Aquí en esta ciudad parada frente al mar
para mirarlo bien, que se llama Agrigento,
hay unas casas viejas como el sol, muy bonitas,
hay señoras vestidas de negro que parecen anteojos
ahumados,
hay caballeros sentados en la plaza, algunos
distráidos, otros fumando pipa.
Llega a dar gusto el cielo, dan ganas de tocarlo;
como decía usted:
dan ganas de tirarse al cielo de cabeza.
Hay niños, por supuesto, que le mandan saludos;
las golondrinas juegan, en el aire, a volar.
Pero lo más simpático de todo
son estas carretelas de verdad que parece que
usted las hubiera pintado
con un montón de chongos de colores.
Los domingos la gente se apelonona en ellas,
y ahí se van contentos a la playa.
Le voy a llevar una, claro está que más chica,
de adorno para la repisa.

DOS

Dígale a su tía Cecilia
que como ahora ella no escribe sus versos se los estoy
copiando yo al revés
igual que si un mono acostumbrado a rascarse
la cabeza o a dar grandes saltos rabiosos
en el aire
se pusiera a cantar imitando a un canario.
Dígale que como estoy aquí bastante lejos, sólo me
acuerdo de las palabras sencillas,
y sólo alcanzo a ver, en la distancia, a los niños.

EL INSOMNE

A la vuelta de las escarificaciones el parpadear
de la locura
y la obsesión de los objetos hirientes.
Disturbios que remplazan el alma por la sed
en que prueba el alcohólico el gusto de sus visceras.
No se puede dormir en horas sucesivas,
completar este cántaro con una arcilla erizada
de vidrios
sino en todo mezclar la vigilia y la sangre
y el miedo al crimen y la eyaculación
sobre la arena tórrida.

MARÍA ANGÉLICA

En estas soledades estuviste:
París es un desierto para la timidez de los recién
llegados, remontando
el curso silencioso de la memoria, y caería la nieve
del otro lado de tu celda de vidrio: la habitación
a la que es inoportuno agregar: «para persona sola»,
—la conserje no tiene sentido del humor—. Pieza
con vista a otra sobre el patio lluvioso,
y los visillos que recuerdan la luz cuajada en ellos:
respirar de una arena movediza
a la que se mezclara, poco a poco, la sangre.

Mientras el mundo, afuera, absorbía la nieve,
del otro lado del ser que no alcanzabas a tocar
con las manos heladas, en su remota, alegre,
incalculable existencia,
ya no te preguntabas el porqué de tu viaje, obedecías
a la adivinación y a la fatiga
súbitamente cierta de haber vivido antes,
por espacio de siempre, ese mismo momento
como si los extremos de lo real se juntaran:
sólo una grieta para que el tiempo respire, y en el
muro continuo las sombras convertidas,
una vez más, en hojas de palmera.

BELLA ÉPOCA

Y los que fuimos tristes, sin saberlo, una vez,
antes de toda historia: un pueblo dividido
—remotamente próximos— entre infancias distintas.
Los que pagamos con la perplejidad nuestra forzada
permanencia
en el jardín cuando cerraban por una hora la casa,
y recibimos
los restos atormentados del amor bajo la especie de
una «santa paciencia»
o la ternura mezclada
al ramo de eucaliptus contra los sueños malsanos.
«Tú eres el único apoyo de tu pobre madre; ya ves
cómo ella se sacrifica por todos».
«Ahora vuelve a soñar con los ángeles». Quienes
pasamos el superfluo verano
de los parientes pobres, en la docilidad, bajo la
perversa mirada protectora
del gran tío y señor; los que asomamos la cara
para verlo
dar la orden de hachar a las bestias enfermas,
y el cabeceo luego
de su sueño asesino perfumado de duraznos.
Frágiles, solitarios, distraídos: «No se me ocurre
qué, doctor», pero obstinados
en esconder las manos en el miedo nocturno, y en
asociarnos al miedo
por la orina y a la culpa por el castigo paterno.
Los que vivimos en la ignorancia de las personas
mayores sumada a nuestra propia ignorancia,
en su temor a la noche y al sexo alimentado de
una vieja amargura
—restos de la comida que se arroja a los gorriones—.
«Tú recuerdas únicamente lo malo, no me
extraña:
es un viejo problema de la familia». Pero no,
los que fuimos
minuciosamente amados en la única y posible
extensión de la palabra
que nadie había dicho en cincuenta años a la redonda,
pequeñas caras impresas sellos de la alianza.

Sí, verdaderamente hijos de la buena voluntad, del
más cálido y riguroso estoicismo. Pero,
¿no es esto una prueba de amor, el
reconocimiento

del dolor silencioso que nos envuelve a todos?

Se transmite, junto a la mecedora y el reloj de
pared, esta inclinación a la mutua
ignorancia,

el hábito del claustro en que cada cual prueba,
solitariamente, una misma amargura. Los
que nos prometíamos

revelarnos el secreto de la generación en el día del
cumpleaños: versión limitada a la duda
sobre el vuelo de la cigüeña y al préstamo
de oscuras palabras sorprendidas en la
cocina, sólo a esto

como regalar un paquete de nísperos, o en casa
del avaro

la alegría del tónico que daban de postre.

«Han-fun-tan-pater-han»

Sí, el mismo pequeño ejemplar rizado según una
antigua costumbre, cabalgando, con gentil
seriedad, las interminables rodillas del
abuelo paterno.

(Y es el momento de recordarlo. Abuelo, abuelo que
según una antigua costumbre infundiste el
respeto temeroso entre tus hijos

por tu sola presencia orgullosa: las botas altas y el
chasquido del látigo para el paseo matinal
bajo los álamos.

Niño de unas tierras nevadas que volvieron por ti
en el secreto de la vejez solitaria

cuando los mayores eran ahora los otros y tú el hombre
que de pronto lloró

pues nadie lo escuchaba volver a sus historias.)

«Han-fun-tan-pater-han»

El mismo jinete de las viejas rodillas. «No hace
más de dos años; entonces se pensaba
que era un niño demasiado sensible».

Los primeros en sorprendernos de nuestros propios
arrebatos de cólera o crueldad

esa vez, cuando el cuchillo de cocina pasó sesgando
una mano sagrada

o la otra en que descuidamos las brasas en el suelo,
 en el lugar de los juegos descalzos;
flagrantes victimarios de mariposas embotelladas:
muerte por agua yodurada, aplastamiento de las
 larvas sobre la hierba y caza
de la lagartija en complicidad con el autor de la
 muerte
por inflación en el balde. Muerte por emparejamiento
de las grandes arañas en el claustro de vidrio, y
 repentinamente la violencia
con los juguetes esperados durante el año entero.
 «Se necesita una paciencia de santa».

Los que habíamos aprendido a entrar en puntillas
 al salón de la abuela materna; a no
 movernos demasiado, a guardar un silencio
 reverente: supuesta inclinación
a los recuerdos de la Bella Época ofrecidos al cielo
 sin una mota de polvo junto al examen de
 conciencia y al trabajo infatigable en el
 hormiguero vacío
y limpio, limpio, limpio como el interior de un
 espejo que se trapeara por dentro: cada
 cosa numerada, distinta, solitaria.

Los últimos llamados en el orden del tiempo, pero
 los primeros en restablecer la eternidad,
 «Dios lo quiera»,
en el desorden del mundo, nada menos que esto;
 mientras recortábamos y pegoteábamos
 papeles de colores:
estigmas de San Francisco y cabelleras de Santa Clara
 —gente descalza en paisajes nevados—,
y se nos colmaba, cada vez, de un regalo diferente:
 alegorías de un amor Victoriano:
la máquina de escribir y la vitrola. Los que nos
 educamos en esta especie de amor a lo
 divino, en el peso de la predestinación y
 en el aseo de las uñas;
huéspedes respetuosos y respetados a los seis años;
 confidentes de una angustia sutil,
 discípulos suyos en teología.

Listos, desde el primer momento, para el cocimiento
 en el horno de la fe atizado por Dios y
 por el Diablo, bien mezclada la harina

a una dosis quizá excesiva de levadura;
rápidamente inflados al calor del catecismo. Los
que, en lugar de las poluciones nocturnas,
conocimos el éxtasis, la ansiedad por asistir
a la Misa del Gallo, el afán proselitista
de los misioneros, el miedo
a perder en la eternidad a los seres queridos, el
vértigo de la eternidad cogido al borde
del alma: un resfrío abisal, crónico
e inefable;
inocuos remordimientos de conciencia como los
dolores de los dientes de leche; el incipiente
placer de la autotortura
bajo un disfraz crecedor, con las alas hasta el suelo.

En el futuro la brevedad de un Nietzsche de
manteca, cocinado en sí mismo; el tránsito
de Weininger perseguido por un fantasma
sin alma. Ahora el lento girar en torno
a la crucifixión,
oprimidos en el corazón, Adelgazados en la sangre.
Caldeados en el aliento.

HOMENAJE A FREUD

Freud, el resucitado,
vuelve a encender la luz en el abismo
contra su propio voto de censura,
y ésta es la sesión definitiva.

Todos los medios fueron ensayados
para quitarle al viejo su palabra,
él mismo se prestó al experimento;
pero la selva del puritanismo
no lo pudo roer hasta los huesos
ni él mismo pudo dar la cara en falso.

La verdad está aquí, desesperada
por el acoso, las mutilaciones
y los milagros de la ciencia; rompe,
al avanzar con paso zigzagueante,
el círculo de tiza y, en un grito
que no estaba en el texto, el pudridero
de ese «santo remedio»: la mordaza.

En el brasero de los acusados,
aunque brillen cien años por su ausencia,
terminarán asándose los jueces.

Esa frente surcada de escrituras
lo había visto bien: el sufrimiento
viene de la raíz: el hombre crece
ligado al mundo por el sexo, nadie
puede volver a descubrir el fuego
sin destruir el fruto en su carozo.

El árbol de la ciencia
es una gran patraña abominable:
ha florecido a expensas del espíritu;
es natural que todo lo envenene.
Atención: fue plantado en Palestina,
fósil viviente, nada más que piedra
nutrida con el polvo del desierto.
Convendría instalarlo en la vitrina

del Museo del Hombre en su lugar
junto al poste totémico.
Empezó por hundir el paraíso
y ha terminado ensombreciendo al mundo.
El mal estuvo en no arrancarlo a tiempo,
en aceptar que se extendiera a bosque,
en no pedir manzanas al manzano.

La verdad, todo el mundo la confirma,
antes que nadie, sus impugnadores;
esas máscaras hablan por sí solas
diga lo que dijere el rostro oculto
del pretendido amor a lo divino.
¿Por quién juran los ángeles?
La carne es la semilla y es el fruto,
y el corazón florece en su trabajo d
e dar y recibir el paraíso.
Recójanse los falsos testimonios.

CATEDRAL DE MONET

VERDOSIDADES DEL AMANECER,
grumos rosados, azulencos cuajos,
y el ojo de Monet en todo Rouen;
la mirada, filtrándose, que cava
y se volatiliza: diente y garra
y esa delicuescencia del rocío.
Su corazón: un imposible topo
que descubre la luz, blanco, en el alba;
allá arriba, allá arriba
donde chisporrotea el vuelo de los pájaros,
cimas nevadas de una torre en llamas.
Dos catedrales mutuamente hechizadas:
la que siempre se supo y esta otra:
un viejecillo de sombrero pajizo
que sigue ahí doblado en su trabajo,
pegándole a lo eterno, eternizándose
de puro Heráclito.

NATHALIE A SIMPLE VISTA

En lo real como en tu propia casa,
el secreto reside en olvidar los sueños;
poner así en peligro el sentido de la noche retirando,
 uno a uno los hilos de la urdimbre
en que ella trama sus horribles dibujos,
como se gasta, en el umbral la estera, bajo el polvo.

Y bienvenidos sean los consejos del cuerpo y las
 sanas costumbres de la nueva barbarie.
Quizá la práctica del Judo o el furibundo asalto a un
 neumático viejo
en rue Manuel, a las seis de la mañana,
y la dulce y perdida murmuración del ombligo al
 caer de la tarde; sí, atrévete a decirlo
maravillosa.

Viene del vientre la voz del paraíso. En lo real
 como en su propia pulpa
el desnudo femenino corta el aliento del sueño.
Atrévete a decir que no habías mordido
sino sólo pequeños frutos ácidos.

NATHALIE

Estuvimos a punto de ejecutar un trabajo perfecto,
Nathalie en una casa de piedra de Provenza.

Dirás ahora que todo estuvo mal desde el principio
pero lo cierto es que exhumamos, como
por arte de magia,
todos, increíblemente todos los restos del amor,
y en lo que a mí respecta hasta su aliento mismo:
el ramillete de flores de lavanda.

Es cierto: nuestras buenas intenciones fracasaron,
nuestros proyectos se redujeron al polvo
del camino
entre la casa de Lulú y la tuya.

No se podía ir más lejos con los niños
que además se orinaron en nuestro experimento; pero
aprendí a Michaux en tu casa, Nathalie; una
vociferación que me faltaba,
un dolor, otra vez, incalculable
para el cual las palabras no tienen gusto a nada.

Vuelvo a París con el cuaderno vacío,
tu trasero en lugar de mi cabeza,
tus piernas prodigiosas en lugar de mis brazos,
el corazón en la boca no sé si de tu estómago o del mío
Todo lo intercambiamos, devorándonos: órganos y
memorias, accidentes del esfuerzo por
calarnos a fondo,

Nathalie, por fundirnos en una sola pulpa.

Crear en dios; sólo me falta esto
y completar, rumiando, el ciclo de la baba,
a lo largo de Francia.

Pero sí, trabajamos duramente
hombro con hombro, ombligo contra ombligo
y estuvimos a punto de sumergirnos en Rilke.

No hemos perdido nada:
este dolor era todo lo que podía esperarse;
sólo me falta aullarlo en el momento oportuno,
mi viejecilla, mi avispa, mi madre de
dos hijos casi míos, mi vientre.

«Va faire dodo Alexandre. Va faire dodo Gérôme».

Ah, qué alivio para ellos
el flujo de la baba de la conciliación. Toda otra

forma de culto es una mierda.
Me hago literatura.
Este poema es todo lo que podía esperarse
después de semejante trabajo, Nathalie.

ERES PERFECTAMENTE MONSTRUOSA EN TU SILENCIO...

Eres perfectamente monstruosa en tu silencio.

Ya lo sé; preferible a un razonar
sin otro son que el ton: de vientre para afuera,
de boca para afuera, de corazón para afuera.
Pero me muerde el tiempo con que allá te abanicas;
armado de una pluma, entre el cachorro y la pared,
desnudo
hago como que juego a desangrarme
cuando, entre broma y broma, me desangro.
Como en la infancia pero aún más cruel que la
persecución de todos contra uno
o el castigo por llorar en horas de clase,
este silencio, ese silencio monstruoso
de alguien que te hizo entrar, acariciándote,
a su pequeño circo propio. Romano.

LA DESPEDIDA

¿Y qué será, Nathalie, de nosotros. Tú en mi
 memoria, yo en la tuya como esos pobres
 amantes que mientras se buscaban
de una ciudad a otra, llegaron a morir
—complacencias del narrador omnividente, tristezas
 de su ingenio— justo en la misma pieza
 de un hotel miserable
pero en distintas épocas del año?
 Absurdo todo pensamiento, toda memoria
 prematura
 y particularmente dudosa
cualquier lamentación en nuestro caso;
es por una deformación profesional que me permito
 este falso aullido
ávido y cauteloso a un mismo tiempo. «Todo es
 triste —me escribes— y confuso,
y yo quisiera olvidarlo todo». Pero te das incluso,
 entre paréntesis
el lujo de cobrarme una pequeña deuda y la palabra
 adiós se diría que suena
de un modo estrictamente razonable.

El amor no perdona a los que juegan con él. No
 tenemos perdón del amor, Nathalie
a pesar de tu tono razonable
y este último zumbido de la ironía, atrapada en
 sí misma,
como una cigarra por los niños.

El viento nos devuelve, a ti en Bonnieux
a mí en un París que a cada instante rompe, contra
 toda expectativa,
sus vagas relaciones lluviosas con el sol,
el peso exacto de nuestras palabras de las que
 hicimos un mal gasto al cambiarlas por
 moneda liviana, pequeñísima,
y este negocio de vivir al día no era más que,
 a lo lejos, una bonita fachada
con angustiados gitanos en la trastienda.

El viento al que jugamos Nathalie, mientras
soplaba del lado de lo real, en la Camargue,
nos devuelve
—extramuros de la memoria, allí donde el mar brilla
por su ausencia
y no hay modo de estar realmente desnudo—
palmerales roídos por la arena, el sibilino rumor
de una desolación con ecos
de voces agrias que se confunden con las nuestras.
Es la canción de los gitanos, forzados
a un nuevo exilio por los caminos de Provenza
bajo ese sol del viento que se ríe a mandíbula
batiente del verano y sus pequeños negocios.
Son historias, también tristemente confusas. La
diferencia está en que nosotros bajamos
desde el primer momento el diapasón de la nuestra;
sí, gente civilizada. . . guardando, claro está,
las debidas distancias
—mi desventaja, Nathalie— entre tu tribu y la mía.

Pero Lulú es testigo del Tarot; Lulú que parece
haber nacido bajo todos los signos
del zodíaco,
antes hada madrina que rigurosa vidente,
ella lo sabe todo a ciencia incierta, tu amiga.
Nada con los romanos y sus res gestae; el porvenir
se lee bajo la inspiración
de los aerolitos, en la mano misma;
entre griegos no hay líneas decisivas; una muerte que
dice, únicamente ella,
la última palabra de lo que un hombre fue; y el
temblor en las manos, Nathalie,
el brillo o la humedad en los ojos, el deseo.
Lulú, Lulú, y éramos nosotros esos montes de
Venus, viejecilla, tus huéspedes:
una amiga de toda la mitad de tu vida que se pegaba,
otra vez, a tus faldas
en compañía de un silencioso, delirante extranjero.
Contra toda evidencia corroboro tus pronósticos:
ella y yo, querida, hicimos un largo viaje;
nos casamos en Santiago de Chile, fuimos
espantosamente felices, sumamos nuestros

hijos respectivos y aún nos quedó tiempo
para reproducirnos con prodigalidad,
para volver a Bonnieux en compañía de tus nietos
mucho más que legítimos.
Si nada de esto ocurrió, querida, demás está decir
que lo tomarás tranquilamente,
digo mejor: metafísicamente.
Te habías limitado a constatar, lo sé muy bien, no
la miseria de los hechos
sino los encantos de la verda: ese temblor en
las manos.
Tú eres más razonable que nosotros: existe una
historia de lo que pudo ser
«n'importe où hors du monde»,
te mereces, Lulú, una cita de Baudelaire,
múltiples besos en las dos mejillas,
mi adiós a una Francia con la que te confundo,
la única eterna ojalá, viejecilla.

Ah, nosotros en cambio. . . ni griegos ni romanos;
gente dejada de sus propias manos, los que
cambiamos el disco rápidamente
por temor a que los gritos llegaran al techo.
Tránsfugas de la tribu en la tierra de nadie;
calculadores, jugadores y tristes por
añadidura. Y confusos.
Es por una deformación profesional que
me permito, Nathalie, mojar estos originales
con lágrimas de cocodrilo frente al espejo,
escribiéndote,
tratando de sortear la duplicidad del castigo.
En mi memoria, Nathalie, y en la tuya, allí nos
desencontraremos para siempre
—el amor no perdona a los que juegan con él—
como si de pronto el espejo te devolviera mi imagen;
trataré de pensar que habrás envejecido.

EPÍLOGO

Vivimos todos en la oscuridad, separados
por franqueables murallas llenas de puertas falsas;
moneda que se gira para los gastos menudos de la
amistad o el amor nuestras conversaciones
contra lo inagotable no alcanzan a tocarlo
cuando ya se precisa renovarlas, tomar
un camino distinto para llegar a lo mismo.
Es necesario acostumbrarse a saber
vivir al día, cada cual en lo suyo,
como en el mejor de los mundos posibles.
Nuestros sueños lo prueban: estamos divididos.
Podemos simpatizar los unos con los Otros,
y eso es más que bastante: eso es todo, y difícil,
acercar nuestra historia a la de otros
podándola del exceso que somos,
distráer la atención de lo imposible para atraerla
sobre las coincidencias,
y no insistir, no insistir demasiado:
ser un buen narrador que hace su oficio
entre el bufón y el pontificador.

LA DERROTA

Concentración de imágenes, diana de lo real;
las palabras restituyen el poder a los hechos; y
 el ardiente fantasma de la nueva poesía
es un viejo que cierra su negocio por última vez,
extramuros de una ciudad que ha perdido el recuerdo
 de sus correspondencias
con el boulevard Montparnasse,
la razón de los sueños y el buen sentido del misterio.

Hace mucho tiempo, en realidad, que yo no pude
 asistir al entierro del último del primero
 de nuestros magos, pero cuando muy joven
 conocí a sus herederos.
Esa sombra, preservada de las impurezas del trato,
 fue para unos una excelente envoltura
 parietal —armadura invisible, a prueba
 de lugares comunes— para otros,
 la ironía de un faro
que iluminaba sus propias tempestades.
—Y ahora, ¿qué hago? —dijo uno de ellos; y no era
 una pregunta, al cumplir cincuenta años:
el autor de unos versos oscuros como esta noche
desesperada.

La realidad nos ha puesto a todos en evidencia;
 también a mí, en especial, el sobrino lejano
 de esos astros desaparecidos
por arte de una magia que ya no podemos practicar
 sin hacernos culpables de la noche;
desaparecidos al girar de torvos engranajes en una
 gran molienda necesaria
como superfluos fuimos los espíritus errantes.

La realidad es lo que cuenta, y, en el centro de ella
 y contra ella, la máquina.
No lo lamento por nadie: a cada uno el tormento de
 sus claudicaciones, de su perversidad o de

su insignificancia.

Ni aún por mí, acaso, el último en abandonar ese
barco fantasma porque la noche anterior
había bebido en exceso.

Esto es una imagen todavía. El primero de los que
me antecieron en comprender que no se
puede ser el último de ellos sin correr la
peor parte de su suerte.

Nuestros enemigos son demasiado numerosos para
permitirnos el lujo de pensar en nuestros
amigos.

Ayer tarde pasaron por aquí como un río que se
saliera de madre, los jesuitas volaron la
represa;
en automóviles de lujo; en grandes carros alegóricos,
y a pie también para alentar con su ejemplo
al rebaño de carneros de los pobres de espíritu. Para
éstos el reino celestial
y, como anticipo, el sagrado horror al infierno
comunista, el capitalismo popular y las
obras de caridad: bultos de ropa vieja;
en suma: una pequeña participación en la existencia
bajo el auspicio de los viejos sátrapas.

La máquina, la máquina.

No es aquella de las primeras décadas del siglo:
mutilación y éxtasis de los mejores espíritus
ni esta otra en que se cortan dos líneas paralelas.
mundos opuestos pero confabulados
por una misma obsesión de extenderse a otros mundos.

Sobreviviría a la guerra total un minuto de silencio
por la sorpresa de nuestros muertos
pues, en realidad, somos personas modestas.

Es una máquina... la vi el otro día en la exposición
de Paolozzi.

A estas lejanas tierras sólo nos trae la resaca restos de
estructuras distorsionadas por remotas
explosiones;
el escultor procede con ironía cancelando la función
de las formas y fundiendo en un todo piezas
de aviones y artefactos varios;
pero nosotros oscilamos entre la inocencia y la

ignorancia y no podríamos hacernos un
ídolo de nuestras máquinas sino una
máquina de nuestros ídolos.

Qué diablos: un pueblo subdesarrollado,
involuciones de usos y costumbres cuyo sentido se
adapta a los tiempos

en que era la oración el consuelo del látigo
y el dios de España, la vergüenza de los ángeles.

Nuestras batallas perdidas habrán sembrado en
nosotros el miedo;

nuestras victorias: la transferencia del respeto
de los héroes a quienes les siguieron en el orden
de la rapiña

y los discursos patrióticos.

¿Qué quiere decir pobre de solemnidad?

El Siglo de las Luces

y el nuestro de los chonchones a gas, nos sorprendieron
en actitudes vergonzantes

organizando la miseria donde el cura párroco, en
el Gran Patio Trasero,

en la lucha por los mayorazgos y contra los
muertos protestantes.

Caballeros de pera y bigote, ¡qué exceso de
estatuaria

honorabilidad cortado por una misma tijera!

Muchos de ellos iguales a los otros: el cuello
duro los salvaría todavía de la horca.

Honramos toda clase de tumbas, aun las que
debiéramos hacer saltar en pedazos.

En cualquier álbum de familia se nos oculta el gestor
de negocios extranjeros bajo un aspecto
señorial, con las manos enguantadas
después de introducirlas en el Fondo de Soborno.

Quinamáquinama. El mecanismo es de una sencillez

aplastante para sus manipuladores, pero,
¿quién se cuenta entre ellos

que pueda establecer el orden donde siempre reinó
la premeditada alevosía del caos?

A la forma sigue la forma y una vasta disformidad
mueve a todo el conjunto

pesadamente, en una dirección fatal.

Conforme: los mejores ingenieros militan en todos
los bandos, sólo que éstos agotaron su
ingenio
en presentar bajo un aspecto nuevo un viejo
artefacto
sobradamente conocido e insuficientemente
reconocido
por las engañadas víctimas de sus depredaciones a
quienes se les enseña a confundir la
fatalidad con el crimen.

¡Basta de farsas!

Se sabe que pondrán a su servicio las técnicas del
milagro y dónde es la planificación del
milagro, los países en que operan en gran
escala y aquellos otros en que bastan las
operaciones parciales.

Esto en lo que se refiere a las esperanzas cifradas
en la luna de miel con la resurrección del colonialismo
europeo, bajo fases propicias al nuevo trato.

¿Quién es quién para decir que no? Sobre este
punto la paridad de las opiniones y el
consenso de los pasos en los salones del
Palacio.

Ni aun el escéptico más escrupuloso aceptaría su
omisión en la lista de los invitados
a un reencuentro con la Bella Época.

La ceremonia es una afición nacional: el desfile bajo
la suave penumbra

de los uniformes de gala comidos por las larvas.

Al aire libre el fútbol y el domingo evangélico:
tristeza de otro Huerto de los Olivos en
que el espíritu y la carne rumian, bajo el
mismo yugo, una agonía que se mosquea
en los platos de pasto.

Pero de los bárbaros, qué se puede esperar.
Finalmente no hemos reemplazado todas nuestras
costumbres por las suyas, una curiosa falta
de concentración en el modelo
condena nuestras copias a la dorada medianía;
y, en cualquier caso, el resto de lo que hemos

convenido en llamar la dignidad nacional,
sería seriamente lesionado en caso de que
resolvieran adoptar el aire de nuestra de-
rrota para sumarse a la celebración del
triumfo, en esta lejana factoría,
de la perpetuación del cáncer de su imperio
en las entrañas ajenas.

Hace algunas horas (esta noche y la noche pasada se
confunden; el vocerío triunfante con el
silencio del fracaso)
uno de ellos, con la mona ardiendo,
venía disfrutando del carnaval de la calle en el
carnaval de la micro, el gran carajo,
parados los dedos en la V de la victoria: las trenzas
de una poderosa niñita anglosajona que
montara un potro furioso con una
impasible cara de puñete.

El hombre-dogo
se arremolinaba en torno a su eje como la ropa en
la máquina lavadora, codeando a su vecino
de asiento en el pecho y resoplando:
«Me norteamericano. Me norteamericano.»
Yo hubiera deseado que se le hundiera el mundo.
Se dirá: «un caso individual», y el índice acusador
debe apuntar allí donde se incuban los
factores impersonales que mueven a los
individuos el río a las carpas en la época
del desove;
«de la sociologie avant toute chose», pero qué montón
de obviedades en los casos extremos
cuando la claridad brota de los poros mismos del
cuerpo del delito
arrojado apresuradamente a los baldíos que exhibe la
luna frente a los grandes edificios colectivos.

Bastaba ver a ese sujeto para obtener una visión
panorámica y bien articulada, las cifras
innecesarias en los últimos planos.
La diferencia que va de un yanqui a otro sólo
representa, para nosotros, un margen de
imprevisible brutalidad en el trato con las
fuerzas de una ocupación que se dice
pacífica,
y un margen, también, para el cultivo de las

amistades personales en la tierra de nadie.
El culto de la amistad es una afición personal, la
atención con los huéspedes,
la moderación por parte de moros y cristianos, el
cese de todo antagonismo a la hora del
almuerzo.
En un pequeño país cargado de tradiciones, la
formalidad ante todo, y el empleo de la
violencia psicológica
sólo en los casos desacostumbrados.
El control, a una distancia flagrante, de nuestra vieja
máquina junto con la promesa de su
restauración
a manos de técnicos especializados sobre la base de
excedentes de la industria pesada.

No se puede dudar:
de los sesenta mil agentes de la FBI y de la CIA,
sólo uno que otro ha mostrado la hilacha
en su intento por trepar a los carros alegóricos y
ocupar un lugar bamboleante
junto a esas bellezas que lo eclipsaban todo en la
apoteosis del triunfo, menos el sentido de
nuestra derrota.
Todo estaba claro a pesar de tanto resplandor y el
brillo de las miradas y los fuegos artificiales.

El invisible ejército de ocupación puede batirse
en una retirada incruenta
y reconocer sus cuarteles de primavera y verano:
temporadas de pesca en los lagos del sur y
de cosecha en los desiertos metalíferos.
Al Pacífico, al Atlántico los barcos de guerra: aquí
no se precisa importar la paz
en la persona de franco tiradores e infantes de marina.
Puede aflojarse un poco el cinturón de hierro
hacia el otro lado de los Andes y estrecharlo en los
lugares verdaderamente estratégicos
donde la sangre escuece, burbujea y grita.
La lucha entre demócratas y republicanos sólo
parece posible solventarla lejos de casa

mediante el empleo, en pequeña escala, de la Bomba,
rasando el vivero, en los pastizales
de esos pequeños comunistas de ojos oblicuos. Un
arañazo en profundidad,
y luego el desfile de los harapos humanos en homenaje
a la Libertad y a la Democracia.

Esto es lo que ocupa a los hombres fuertes:
«la lucha por la Paz», nos dice uno de ellos
nuevamente ocupando toda la pantalla panorámica
esa cara impenetrable como un hongo en
expansión;
unas hendidias de hierro nos miran, a través de ella
el verdadero ejército se pierde de vista
en marcha ascendente hacia los abismos del otro lado
del cielo, rayada de columnas en que
blanquea el pánico.

Las pestañas cosidas al pliegue de los párpados son
montones de hulla, y en los primeros planos
vidriosos nada se sabe de lo que ocurre en
la otra mitad del hemisferio.

La disciplina militar adolece de ciertos defectos
compensados en el orden del número y de
la fuerza.

Esos muchachos no marchan: caminan, cada uno
«en el contexto de su libertad personal»
—diría uno de sus mitos— como si se
dirigieran, en todas direcciones, por clanes
llameantes.

a la cantina, al bar, a la sala de bolos o a las
hecatombes humanas en los estadios
llameantes.

Bajo los ojos que se entornan, la erosión en las
bolsas de la edad: montes áridos, llenos de
cicatrices.

El mensaje concluye en lo que quiere ser un
llamamiento a la cordura pero es el delirio
total el que hace las señalizaciones tras la

amenaza dentada de columnas dóricas.
El orador piensa en la muerte, y la muerte, por
primera vez, en sí misma, con la
perplejidad de una primera dama que fuera
repentinamente violada por una horda
de beats, en su propia residencia.
Es una muerte que entrevé la curiosa posibilidad de
terminar incluso consigo misma
en el baño de hidrógeno.
Este descubrimiento la transfigura: opulenta belleza
de Marylin Monroe otro San Sebastián para
los corazones sexuados que quisieran
cobrarse, en la carnicería total, de las
mutilaciones del espíritu.
Pero el Hombre, el Intrépido, el Duro
sólo interpreta, es claro, «limpiamente» a las
mayorías de su pueblo que podrían volverse
en contra suya, hacia otro.
Ninguna sombra de duda ha cruzado esa máscara:
tan alto vuela el águila sobre los Apalaches,
entre cincuenta estrellas nombres de su soberbia:
la noche constelada por la obsesión del triunfo.

Ser elegido por un pueblo elegido
no es una tarea que se pueda cumplir, exclusivamente,
al nivel de las fuerzas humanas.
Corrección absoluta en la suma de los mitos, tal es
el camino de la verdad, the American Way,
transitado ya por los Divinos y los Santos
y quienes sembraron con sus huesos la hora de la
expansión del drama ilimitado.
Presentar al opositor un flanco monolítico, una
caparazón más dura que cien de las suyas,
y bajo la cubierta enchapada de dorados
símbolos irracionales, el libro de cuentas
al día:
en el Haber: la mandíbula del procónsul y el silbido
del látigo en la bota del centurión, la
mutiplicación de los impuestos y el
hundimiento de los pequeños mercados

provinciales;
en el Debe: el regateo de los fondos de caridad.
Para el ejercicio de un Destino Manifiesto, la
fatalidad es un gaje en el oficio,
se diría el objeto de una especie de culto instituido
para exorcizarla.
En todo esto está el masoquismo a la orden del día:
Tánatos, el amor a la autodestrucción de la Bestia
Rubia, reducido al jadeo del hotentote rubio,
lucha de todos contra todos en la que se ha
ido desprendiendo, progresivamente, del
amor a sí mismo junto con grandes trozos
de sustancia humana
hasta quedarse en la parcialidad de los músculos
y de los huesos.

En las urnas triunfará la amenaza del más fuerte,
la estabilización de la violencia bajo el rostro de César,
so pena de caer en la inflación de la misma
y en el dominio de los pequeños negocios
que arruinarían el prestigio del Imperio.
Esto lo sabe muy bien el opositor,
pero a su ciego acoso todavía es posible responder
con un nuevo discurso del Cuatro de Julio.
Una grandeza sin paralelo sería el leit motiv apropiado.
Sin paralelo: he aquí acaso un buen puzzle para los
intelectuales desafectos al pan y al circo, y
que no hayan sucumbido a la pobreza
voluntaria en la Venecia del Oeste o a las
drogas junto al Ganges o en las cavernas
del Viejo Mundo.
La historia podría detenerse, reconstituida Torre de
Babel, y flamear en lo alto el águila bifronte.

OTROS POEMAS

JUICIO FINAL

Ella miraba a dios por la ventana, para que yo lo
viera; pero yo sólo atinaba a substraer
los ojos
que se me iban, cucarros, de una imagen a otra,
bailoteando en la calle empedrada: el lecho
de la noche apoyada en la calle
antes de que empezara a amainar en el cielo
su tempestuosa luminosidad
bajo las altas horas estrellas de la tarde.

Escucho esa voz borradas las palabras que, por
entonces, no eran más claras para mí
que un poco de música sagrada para una pobre
alma piadosa.

Enriquillo, mi nombre como un diminutivo
de su tristeza, intentaba elevarse
inútilmente a los oídos del ángel que batía
sus alas mutiladas en la torre de la iglesia.
(El ángel anunciaba nuestro Juicio Final,
llevándose un pedazo de trompeta a los
labios.)

MUCHACHAS

Altas voces perdidas de un coro de muchachas;
ellas siempre ignoraron las reglas del diálogo, pero
 lo que se escucha, a nuestra edad, es el canto,
y suena a Mozart esa pajarería, el triunfo bizantino
 de una ciudad de jaulas
donde todas las lenguas se confunden en un
cotorreo ritual transfundido en la luz. Risa en que
 el cielo abunda, todo lo que reluce es
 alegría del sol,
y la alegría irrecuperable, en todo instante, para
 siempre,
para esos fantasmas, compañeros de Ulises.

Jóvenes de otra edad, los años se cumplieron por
 sí mismos, diríase
que el mar se allanó, sin duda, a devolverle.
 Primavera distinta a cada una de sus partes:
 siete otoños por cabeza
a la comparsa fiel, ducha en murmuraciones.
El ocio abstraído en calcular otras islas, y, para él,
 un nido de sirenas
en cada noche de amor: el tiempo de un Zenón feliz,
 uno e inmóvil;
a nosotros el remo, y luego el báculo.

En el jardín, la música de la sangre y el mundo:
 secreto a voces de la primavera
que enguirnalda una fiesta que no es para nosotros
los pobres invitados de honor, esta comparsa.
Y en el salón, junto a la gente seria, nuestros años
 perdidos, murmurando
su gastada ansiedad para siempre incalmable:
 fórmulas bizantinas
de encantamiento en Mozart y feos pensamientos.

MONOLOGO DEL POETA CON SU MUERTE

Y ahora te toca a ti: el poeta y su muerte;
no es una buena escena ni aun para el autor
de los monólogos: nada ocurre en ella
de especialmente emocionante.
El rostro mismo del miedo que uno pensaría
todo un teatro de máscaras,
no es más que este pie equino, un sapo informe,
un puñado de hongos.

Tu misma enfermedad, nunca se supo
quién de los dos el cuerpo, quién el alma
hasta su floración en una noche
en que al gusto habitual a tierra de hojas
de tu lengua, sentiste con horror
que se mezclaba al polen venenoso;
y tus pies te llevaron a la rastra
por el camino de tus hospitales.

Cuánta inocencia ahora
que la muerte prepara tu bautismo
en las aguas servidas de la sangre
una y mil veces transformadas en vino,
quiere que tú te mires en ellas sollozando,
como si todo tu pasado fuera
algo por verse allí
en ese triste espejo que volvía a trizarse
cada siete años, con tu cara adentro.
Todo lo tuyo fue —dicen las trizaduras—
altos y bajos de la mala suerte.

Quienes van a morir en esta pieza
de hospital, ya lo saben los unos de los otros;
lo repiten, lo aprenden, lo recitan, lo aúllan.
El silabario del dolor circula
de cama en cama, los recuerdos tiemblan
juntos, como en un ghetto de Varsovia.
(Médicos que parecen gaviotas, alcatraces,
vuelan sobre un cardumen de termómetros,
y las horribles golondrinas ruedan

con las alas zurcidas a la espalda
y los pies húmedos de escupitajos.)

Nadie, si lo quisiera, podría hacerse trampas
pensando que es un juego esta partida
ni sacar un horrible solitario.

La memoria sajada de los unos
supura, abiertamente,
toda la porquería inolvidable;
la de los otros se extravía y canta
salmos del cloroformo: tangos dodecafónicos
algodonosos y sanguinolentos.

Pero tú, sustraído al delirio común
por un miedo que ya no tiene nombre
ni otra figura que la tuya propia,
vas a morir con dignidad, se dice.
Quizás, como no aceptes de la muerte otra cosa
que, por entretener a las visitas,
unos tropiezos de bufón danzante
junto al trono del rey del humor negro.

Y pues ahora que te asisten plenos
poderes como a Ubu o Chaplín, los imbéciles
sólo atinan a irse
como si se sentaran en las brasas,
tu soledad es cada vez más tuya;
precisas no mezclarte con la chusma, distraes
la mirada paseándola por el vago rebaño
de las camas, te miras el ombligo del mundo.
Todo el orgullo que se diga es poco.

De los recuerdos de tu infancia, no más
juega tu corazón, como en un viejo patio
casi vacío, con los más tranquilos.
Cedes —toda prudencia— al sueño que soñabas
cuando era el despertar de un niño a la dulzura
de la convalecencia, entre las manos
maternales.
Piensas en los hermanos Grimm y en Andersen.
Sabes, crees saber que, pasajero
de un tren-cisne-dragón-globo aerostático,
vas salvando el escollo de la noche, y el aire
libre, la luz del otro extremo del túnel,
te murmura al oído: «ahora estás sano y salvo».

¡Un día al fin! Tu madre, toda suave lectura,
vuelve para aventar del patio los recuerdos
turbulentos, que gritan: ¡El muerto, el muerto,
el muerto!
con las orejas y las manos sucias.